



Homenaje a Edward Said

Contrapunto

Mahmud Darwish, *Le Monde diplomatique*, enero de 2005

Traducido para Rebelión por Beatriz Morales Bastos*

Cuando se lo llevó la muerte el 24 de septiembre de 2003 Edward Said todavía resistía a la injusticia, al cáncer, a la intolerancia. El gran poeta palestino, Mahmud Darwish, le rinde homenaje.

NUEVA YORK, NOVIEMBRE, QUINTA AVENIDA.

El sol es un resplandeciente platillo volador.

A la sombra, pregunté a mi alma extranjera: ¿esta ciudad es Babilonia o Sodoma?

Allá lejos, en el umbral de un abismo eléctrico alto como el cielo, conocí a Edward hace treinta años.

Los tiempos eran menos impetuosos.

Cada uno le dijo al otro:

si tu pasado es experiencia, ¡haz del mañana sentido y visión!

Vayamos, vayamos hacia nuestro mañana, seguros de la sinceridad de la imaginación y del milagro de la hierba.

Ya no recuerdo si aquella tarde fuimos al cine, pero oí a unos viejos indios decirme: no confíes ni en el caballo ni en la modernidad.

No. Ninguna víctima pregunta a su verdugo: si yo fuera tú y si mi espada hubiera sido mayor que mi rosa... ¿habría actuado como tú?

Esta pregunta suscita la curiosidad del novelista en un despacho de vidrio que da sobre las flores de lis de un jardín... Ahí donde la hipótesis es blanca como la conciencia del autor si éste salda sus cuentas con la naturaleza humana... Ningún mañana en la víspera, ¡avancemos, pues!

El progreso podría ser el puente de retorno a la barbarie...

Nueva York. Edward se despierta con la pereza del alba. Interpreta un aria de Mozart. Juega una partida de tenis en los campos de la Universidad. Reflexiona sobre el periplo del pensamiento más allá de las fronteras y de las barreras. Recorre el *New York Times*... Redacta su crónica nerviosa. Maldice a un orientalista que guía a un general al punto débil en el corazón de una Oriental. Se ducha. Elige un traje con la elegancia de un seductor. Se toma un café con leche y grita al alba: ¡no te quedes rezagada!

Camina sobre el viento. Y en el viento, él sabe que él es. No hay techo en el viento. No hay morada. Y el viento es una brújula para el norte del extranjero.

Dijo: soy de allá lejos. Soy de aquí y no estoy ni allá lejos ni aquí. Tengo dos nombres que se encuentran y se separan, dos lenguas, pero he olvidado cuál era la de mis sueños.

Tengo una lengua inglesa, de dócil vocabulario, para escribir. Y otra venida de las conversaciones del cielo con Jerusalén. Tiene el timbre plateado, pero es rebelde a mi imaginación.

¿Y la identidad?, dije yo.

Él respondió: autodefensa...Entregada al nacer, la identidad acaba por ser labrada por aquel que la porta, no es herencia. Soy el múltiple...En mí, mi exterior renovado. Pero pertenezco a la pregunta de la víctima.

Si no fuera de allá lejos, habría adiestrado a mi corazón para educar, allá lejos, la gacela de la metonimia...

Lleva, pues, tu tierra natal ahí donde vayas y si es necesario, sé narcisista.

- Exilio, el mundo exterior. Exilio, el mundo oculto. Entonces, ¿quién eres tú entre ellos?

- No me presento por miedo a perderme. Y soy lo que soy.

Y soy mi otro en una dualidad armoniosa entre palabra y signo.

Si yo fuera poeta, habría escrito:

Soy dos en uno, como las alas de una golondrina

y si la primavera tarda en llegar, ¡me contento con anunciarla!.

Ama los países y los abandona (¿Está lejos lo imposible?) Ama emigrar hacia cualquier cosa. Porque en el viaje libre entre las culturas hay lugar para todos aquellos que parten en busca de la esencia del hombre.

He aquí que una periferia avanza, que un centro recula. Oriente no es totalmente Oriente ni Occidente, Occidente. Y la identidad está

abierta a lo múltiple

No es ni ciudadela ni trinchera.

La metáfora dormía en una de las riveras del río. De no haber sido por la contaminación,

habría estrechado la otra rivera.

- ¿Has escrito tu novela?

- Lo he intentado...Tentado de recuperar mi imagen en los espejos de las mujeres lejanas. Pero ellas se hundieron en su noche fortificada. Y dijeron: nuestro universo es independiente del texto. Ningún hombre escribirá a la mujer, enigma y sueño. Ninguna mujer al hombre, símbolo y estrella de cine. Ningún amor se parece a otro, ninguna noche a otra noche. ¡Permítenos, pues, enumerar las virtudes de los hombres y reír!

- Entonces, ¿qué has hecho?

- Me he reído de mi absurdo y he tirado mi novel a la papelera.

El pensador refrena el relato del novelista y el filósofo diseña las rosas del cantante.

AMA LOS PAÍSES Y LOS ABANDONA: soy quien seré y en quien me convertiré. Me construiré a mí mismo y elegiré mi exilio. Mi exilio es el segundo plano de la escena épica. Defiendo la necesidad que tienen los poetas de gloria y de recuerdos, y defiendo los árboles que visten los pájaros de país y de exilio, una luna apta todavía para un poema de amor, una idea quebrada por la fragilidad de sus defensores y un país sustraído por las leyendas.

- ¿Podrías volver a lo que sea?

- Lo que me espera tira de mí y se apresura...No tengo tiempo de trazar huellas en la arena. Pero puedo visitar el pasado como lo hacen los extranjeros cuando escuchan al poeta pastoral en la tarde triste:

"En la fuente una muchacha llena su jarra de lágrimas de las nubes
y llora y se ríe de una abeja que ha picado su corazón a la hora
de partir.

Es el amor dolor del agua o enfermedad en la bruma..."

(Y etcétera, y etcétera, hasta el final de la canción)

- Entonces, ¿podrías padecer el mal de la nostalgia?

- Una nostalgia para el mañana. Más lejana, más elevada y más lejana. Mi sueño guía mis pasos y mi visión posa mi sueño en el regazo, gato familiar. Es lo real imaginario, el hijo de la voluntad: ¡podemos modificar la fatalidad del abismo!

- ¿Y la nostalgia del pasado?

- Un sentimiento que sólo concierne al pensador preocupado por comprender la atracción del extranjero por las herramientas de la ausencia. Respecto a mi nostalgia, es un combate por un presente que se aferra al mañana.

- ¿Te infiltraste en el ayer el día en que te dirigiste a casa, tu casa en Jerusalén, en el barrio de Talibiya?

- Como el niño cuando tiene miedo de su padre, me había preparado para esconderme en el lecho de mi madre. Traté de revivir mi nacimiento, de seguir el camino de la leche en el techo de mi antigua casa; traté de palpar la piel de la ausencia, de sentir el perfume del verano en el jazmín del jardín. Pero la hiena de la verdad me alejó de una nostalgia que permanecía en guardia tras de mí, como una ladrona.

- ¿Tuviste miedo y de qué?

- No puedo encontrarme con la pérdida cara a cara. Como el mendigo, me quedé en la puerta. ¿Pediré a unos desconocidos que duermen en mi lecho permiso para visitarme cinco minutos a mí mismo? ¿Me inclinaré con respeto ante los ocupantes de mi sueño de infancia? Ellos preguntarán: ¿quién es este visitante extraño e indiscreto? ¿Podré únicamente hablar de paz y de guerra entre víctimas y víctimas de las víctimas sin palabras superfluas y sin incisos? Me dirán ellos: ¿no hay sitio para dos sueños en el mismo lecho?

Ni él ni yo hubiéramos podido.

Pero él es un lector que se pregunta sobre lo que nos dice la poesía en tiempos de desastre.

SANGRE

y sangre

y sangre

en tu patria

en mi nombre y el tuyo, en la flor del almendro, la cáscara de plátano, la leche del niño, la luz y la sombra, el grano de trigo, la caja de sal. Francotiradores virtuosos aciertan el blanco.

Sangre

sangre

sangre

esta tierra es más pequeña que la sangre de sus niños, ofrendas alzadas en los umbrales de la resurrección. ¿Está bendecida o bautizada esta tierra por la sangre

la sangre

la sangre

que ni las plegarias ni la arena secan? No hay suficiente justicia en las páginas del Libro Santo para dar a los mártires la felicidad de caminar libremente sobre las nubes. Sangre de día, sangre de noche. ¡Sangre en las palabras!

Dice: el poema podría acoger la pérdida, rayito de luz brillando en el corazón de una guitarra o un Cristo a lomos de un borrico y ensangrentado de bellas metáforas. ¿Qué es lo bello sino la presencia de lo verdadero en la forma?

En un mundo sin cielo, la tierra se convierte en abismo. Y el poema es uno de los presentes del consuelo, una de las cualidades de los vientos, ya sean del sur o del norte. No describas lo que la cámara discierne de tus heridas.

Grita para oírte y grita para saber que todavía estás vivo y vivo, que todavía es posible la vida en esta tierra. Inventa una esperanza para las palabras. Crea un punto cardinal o un milagro que prolongue la esperanza y canta, porque lo bello es libertad.

Digo: ¡no es vida una vida definida por su contrario, la muerte!

Dice: Viviremos, aun cuando la vida nos abandone a nuestra suerte.

Seamos estos señores de las palabras que hacen eternos a sus lectores, hablando como tu genial amigo, Ritsos...

Y él dice: Si muero antes que tú, ¡te confío lo imposible!

Pregunto: ¿está lejos?

Él responde: a distancia de una generación.

Digo: ¿Y si yo muero antes que tú?

Él responde: Consolaré a los montes de Galilea y escribiré: "Lo bello sólo es el acceso a lo adecuado". ¡Está bien! Pero no te olvides. Si yo muero antes que tú, ¡te confío lo imposible!

Durante mi visita a la nueva Sodoma en el año dos mil dos, él resistía a la guerra de Sodoma contra las gentes de Babilonia y a la cáncer. Último héroe épico, defendía el derecho de Troya a su parte del relato.

Águila, ahí arriba,

ahí arriba,

despidiéndose de sus cimas,
porque la residencia más allá del Olimpo
y de las cimas
genera el tedio.
¡Adiós
adiós, poesía del dolor!

*Este texto es una traducción de la traducción al francés hecha por Elias Sanbar.